La diosa «Razon» habia triunfado.

Las «saturnales» impúdicas al aire libre ó en el recinto de los templos profanados, habian sucedido á las orgías secretas y á las cenas inmundas de la monarquia.

¿Donde era mejor la depravacion?

¡Difícil es averiguarlo!

Pero en esta época de la Historia, la prostitucion sufrió, como todo un cambio radical.

Tal vez el escándalo siendo mayor, eran mas limitados los desórdenes del vicio.

Esto parece una paradoja.

Pero si bien se reflexiona, no lo es en modo alguno.

Volvamos á Theroigne.

Las fases de su vida, que describiendo vamos, pintan á la perfeccion, las que sufrió la prostitucion en el pueblo francés.

. . . . . .

Maillard, sin embargo, seguia siendo el amante preferido, el «querido» privilegiado, «el amant de cœur» que dicen los franceses, de la ramera-patriota.

Los otros no eran mas que aves de paso.

Un dia, sin embargo, Theroigne estuvo á punto de reñir para siempre, con su enamorado mancebo.

Este habia presentado á la bella Liejana, una mujer literata, llamada Olimpia de Gouges, autora de muchas obras dramáticas aplaudidas.

Apercibiéndose de que el tiempo no estaba para comedias, decidió dedicarse á la política.

Y soñaba nada menos que la emancipacion de las mujeres:

Diciendo:

«Que lás mujeres tenian derecho de subir á la tribuna, puesto que lo tenian para subir al cadalso!»

Maillard habia pensado que Olimpia de Gouges agradaria á su amada Theroigne...

Pero sucedió lo contrario.

Theroigne la encontró ridícula.

Creyó una necedad sus palabras sobre los derechos de la mujer, y casi la puso á la puerta.

Humillada por este recibimiento, Olimpia se retiró diciendo á la querida de Maillard:

—Señora, os habeis mostrado muy descortés conmigo.

—Tal vez, repuso con insolencia Theroigne.

—Habeis hecho mal.

—No lo creo así.

—Volveremos á encontrarnos.

—¡Cuando y como gusteis!

Volvieron á encontrarse efectivamente.

En los clubs.

Pero sin que tuviera malas consecuencias su encuentro.

Theroigne disparó un dia un pistoletazo á La Fayette.

Fué decretada su prision.

Pero huyó de París

Y se refugió en los Países-Bajos austriacos donde comenzó, á hacer activa propaganda.

Se la condujo á Viena.

Y fué encerrada en un calabozo de la fortaleza de Kuffstein.

Pero era una muger.

Despues de algunas semanas de detencion, Leopoldo II ordenó que se le devolviera la libertad.

Y volvió apresuradamente á París.

Su primera visita fué para Maillard.

Pero encontró el nido ocupado.

Una mujer llamada Juana Leduc, que se habia señalado como ella en las jornadas de Versalles, la habia reemplazado en aquella casa.

Theroigne no sabia donde alojarse.

Habia vendido todo cuanto poseia al abandonar á París.

—¡Ven con nosotros, le dijo Juana: compartamos juntos la buena ó la mala fortuna!

Theroigne miró á Juana.

La bella Liejana tenia muy pocas simpatías para las francesas.

Pero esta le gustó

—Acepto, dijo.

—Enhorabuena.

—¡Seremos hermanas!

—¡Sí!

¡Dos dignas hermanas!

¡Hermanas en vicios!

¡Hermanas en crímenes!

¡Hermanas en gozar del amor de un mismo hombre!

Juana Leduc, bellísima en extremo, habia sido vendedora de pescado.

¡Pero entonces no vivia mas que del comercio de sus encantos!

Solamente que se distinguia de las demás prostitutas en una cosa:

En que «escogia» á sus clientes.

Para tener derecho á gozar de su hermosura, era preciso ante todo ser muy buen patriota.

Buen patriota á su manera:

Es decir: fautor de tumultos y desórdenes.

¿No pinta esto asímismo el carácter que hemos prestado á la prostitucion, durante el terror?

El patriotismo, á su modo interpretado, superior al dinero.

La caricia de una ramera pagada con un grito revolucionario.

Los favores de una noche compensados tal vez con la denuncia de un noble.

Despues de abandonar el lecho del amor, correr á presenciar la ejecucion de los condenados del dia!

¡Triste época por cierto!

Theroigne hizo como su amiga.

Como su «hermana».

Para poder comer, se hizo la cortesana de los patriotas.

Pero de los patriotas de más baja estofa.

De la hez del pueblo.

Del pueblo que busca las prostitutas.

Porque el pueblo sensato, el verdadero, el digno pueblo tiene mujeres honradas y desprecia á las rameras.

Suleau, escritor realista, que perseguia con sus sangrientos sarcasmos al partido demagójico, se cebó cruelmente en Theroigne de Mericourt, en uno de sus folletos.

Era un artículo titulado:

«El tocador de Mlle. Theroigne,» intermedio cívico.

Y decia así:

«Este tocador se halla situado en la calle de «Trousse-Vache.»

»Allí se vé sobre una mesita lo siguiente:

»Un bote de rojo vegetal.

»Un puñal.

»Algunos mechones de cabellos, esparcidos.

»Un par de pistolas.

»El almanaque du Pére Gérard.

»Una toca.

»La «Declaracion de los Derechos del Hombre.»

»Un gorro frigio.

»Un peine.

»Un frasco de vinagre compuesto por el Sr. Maillet.

»Un pañuelo del pecho muy arrugado.

»La «Crónica de París».

»El «Correo de Gorsas».

»En el fondo veíase:

»Un catre de tijera, con un gergon, que es donde reposan la »patriota y su enamorado «Populus».

»O sea:

»El ciudadano TODO EL MUNDO.

»Al lado del catre, una pica enorme.

»Junto á ella, un rico traje de amazona de terciopelo de »Utrecht.

»El tocador se halla adornado de muchos cuadros agradabilí»simos, tales como los siguientes:

»La «toma de la Bastilla».

»La «muerte de MM. Foulon y Berthier».

»La «jornada del 6 de Octubre de 1789».

»El «asesinato cívico de M. de Farras».

»Los «asesinatos cometidos en Nimes, en Montauvan, y otros preciosísimos asesinatos».

»Mlle. Theroigne se halla en el negligé mas escitante.

»Lleva pantuflos de gamuza.

»Medias de lana negra.

»Vestido de algodon azul.

»Un pañuelo tricolor al cuello.

»Y un gorro de gasa, color de fuego, encima del cual luce un dige verde etc., etc.»

Theroigne, como luego veremos, no perdonó estas burlas á Suleau.

Suleau;

Conrado de Tesch, ó sea el primer amante de la republicana;

Y una jóven del arrabal de San Antonio, á quien llamaban «La Bella» Ramilletera, pagaron con «mil muertes» la desgracia de tener á Theroigne de Mericourt por enemiga.

Pero antes de contar como, en los dias nefastos, la suerte le entregó las personas por ella odiadas y como desahogó en ellas sus furores de pantera,

Vamos á ofrecer á nuestros lectores un trozo de su elocuencia.

Esto acabará de retratar aquel carácter.

En un discurso pronunciado en «la sociedad fraternal de los Mínimos,» el 25 Marzo de 1792, dijo: (1)

«Ciudadanas.

»No olvidemos que nos debemos por completo á la patria.

»Que és nuestro deber mas sagrado «estrechar los lazos de la union, de la fraternidad.

»Propagar los principios de una «tranquila» energía, para

(1) Insertamos trozos de este discurso porque dá á conocer, tanto el carácter de la muger que retratamos, como el de la mayoría de las que *tanto abundaban* en aquella época.

preparamos con tanto valor como prudencia á rechazar los ataques de nuestros enemigos.

»Ciudadanas!

»Solo nosotras,» podemos, por medio «de una generosa abnegacion, romper el hilo de sus intrigas.

»Armémonos!

»La naturaleza y la ley nos dán ese derecho.

»Mostremos á los hombres que no les somos inferiores, «ni en virtudes» ni en valor.

»Mostremos á la Europa que las Francesas (?) conocen sus derechos.

»Que se hallan «á la altura de las luces» del siglo XVIII.

»Y despreciemos las preocupaciones», que en el mero hecho de serlo, «son absurdas, son inmorales,» puesto que hacen criminal nuestra conducta!

. . . . . .

»Tiempo es de que las mugeres salgan de la vergonzosa nulidad en que la ignorancia, el orgullo y la injusticia de los hombres las tienen sumidas desde hace tanto tiempo.

»Imitemos los tiempos en que nuestras madres las Galas y las fieras Germanas deliberaban en las Asambleas públicas y combatian al lado de sus esposos para rechazar á los enemigos de la libertad.»

. . . . . .

Sin con discursos semejantes Theroigne escitaba el entusiasmo de las masas, preciso es convenir en que las masas se las entusiasmaba fácilmente.

Sin embargo;

Aunque Teroigne hablaba mal, que lástima que no se hubiera contentado solamente con hablar!

En la célebre y tristísima jornada del 10 de Agosto, Theroigne y Juana Leduc fueron las primeras que derramaron sangre de realistas.

En el momento en que el rey y su familia se dirigian á la Asamblea Nacional, Theroigne, á la cabeza de su cohorte de pros-

titutas, entrando de improviso en el patio de los «Feuillants,» casi el dintel mismo de la Asamblea, pedia que se le entregáran 22 prisioneros realistas, detenidos durante la noche en los Campos Eliseos por la guardia nacional.

Theroigne sabia que entre estos prisioneros se hallaba Suleau.

Suleau que durante un año la habia ridiculizado en sus escritos.

El jóven escritor habia mostrado en vano una órden de los comisarios municipales que le llamaba á palacio.

No le habian hecho caso alguno.

El pueblo pedia su cabeza.

Un comisario subido en un tablado queria suspender el crímen, prometiendo justicia.

Theroigne, vestida de amazona y con el sable en la mano, precipita al comisario desde lo alto de su improvisada tribuna y lo reemplaza.

Enciende con sus palabras la sed de sangre en el pueblo, que la aplaude.

Hace nombrar por aclamacion comisarios para que suban con ella al comité de la seccion con el objeto de arrancar las víctimas á la lenta ejecucion de las leyes.

Llaman á Suleau.

Le habian despojado de su sombrero de granadero, de su sable, de su cartuchera.

Sus brazos estaban libres.

Una muger se lo enseña á Theroigne.

Esta no le conocia de vista.

Le coge por el cuello y lo arrastra hácia ella.

Suleau logra desprenderse de sus manos.

Arranca un sable de las de un patriota y se abre paso hácia la calle.

Iba ya á escaparse...

Corren tras él.

Le agarran por los faldones de su casaca.

Le desarman...

Y le hunden las puntas de más de 20 sables en su cuerpo.

Cae...

Y espira á los piés de Theroigne.

Ella le cortó la cabeza y la paseó por la calle de Saint-Honoré.

Ya no habia mas á quien degollar en aquel sitio.

Theroigne y Juana corrieron á las Tullerías donde comenzaba la hecatombe.

Los marselleses se hallaban asesinando en las cámaras.

Y arrojaban los cadáveres por las ventanas.

Theroigne y su bandada infame de rameras se encarnizaban en aquellos cadáveres.

Les despojaban de sus vestidos.

Les cortaban la cabeza y sus partes vergonzosas...

Y les arrancaban el corazon.

Theroigne estaba en todas partes donde se mataba.

Primero fué á la Abadía.

Despues á los Carmelitas, donde se degollaba á los curas condenados á la deportacion.

Luego á la Force, donde murió la princesa de Lamballe.

Theroigne tuvo mucha parte en este asesinato.

Salió la princesa de la cárcel, protejida por el gran Nicolás, uno de los gefes de los asesinos.

Pero nuestra heroina estaba allí.

Cuando Mme. de Lamballe atravesaba, vacilante, la calle manchada de sangre, Theroigne inclinándose hácia un oficial de peluquero llamado Cárlos, le dijo:

—¡Cómo és eso! ¿Se vá la aristócrata?

—Sí.

—¡Qué lástima! ¡Lleva un gorro muy bonito!

—Verdad és!

—Anda, Cárlos, tómale al menos su gorro para mí.

Cárlos dirige su pica hácia la cabeza de la princesa que retrocede...

La pica la sigue.

La hiere en la frente...

Brota la sangre...

La sangre mancha á los asesinos.

Precipítanse sobre ella como bestias salvages.

Mme. de Lamballe cae al suelo, aturdida por la violencia de un garrotazo.

Cárlos le corta la cabeza.

Y Theroigne grita, riendo:

—Ya sabia yo que tendria el gorro de la aristócrata.

Cesemos de hablar de los crímenes de Theroigne.

Repugnan.

Pero sepamos al menos cual fué su castigo.

Uno, en relacion con sus crímenes.

Lento y cruel.

La degradacion física y moral rebajando á la criatura humana al nivel de la bestia.

La locura, en fin.

Algun tiempo despues de los hechos arriba relatados, Theroigne, en las Tullerías, intentó amotinar al pueblo contra Robespierre.

Pero si este hacia cerrar los clubs femeninos que se permitian elevarse contra la Commune, donde el reinaba, en cambio tenia en favor suyo, sus «tricoteuses, ó furias» de «la guillotina».

Mugeres de peor clase tal vez que Theroigne de Mericourt!!!

Un grupo de estas acudió, pues, á los gritos de la imprudente y comenzó por silbarla y apedrearla con inmundicias.

Algunas propusieron estrangularla.

—Nó, nó! gritaron otras:

Basta con azotarla!

—Azotémosla.

—Sí, si.

—¿Quién quiere ver azotar á la «Bella Liejana,» á la viuda inconsolable del «Orador del género» humano?

Theroigne se resistió como una leona.

Muchas de sus enemigas tuvieron que arrepentirse de la lucha.

Una de ellas perdió un ojo.

Pero al fin, la abandonaron las fuerzas.

Sus vestidos estaban hechos girones.

La miserable debió ceder.

Y á los ojos de una multitud de hombres que se reian á carcajadas, fué fustigada hasta sacarle sangre, por las «calceteras,» que no la dejaron hasta que vieron que habia perdido el conocimiento.

Quedó abandonada, medio desnuda.

Dos obreros se apiadaron de ella.

La cubrieron como les fué posible, con algunos andrajos y la llevaron á su casa, en unas angarillas.

Una vez en su casa, procuraron hacerla volver en sí.

Lo consiguieron.

Una muger caritativa le preguntó:

—¿Os sentís mejor?

—Todavía faltan que matar!! le contestó Theroigne.

Os digo que todavía faltan que matar!!

¡Llamadlos!... ¡Llamadlos!

¡Es preciso matarlos á todos!

¡A todos!

La infeliz estaba loca.

Fué trasladada á la Salpetriere.

Donde murió en 1817.

En 1817.

Se habia vuelto loca en 1794.

Luego, vivió en tal estado «veintitres» años!

El ilustre médico Esquirol habla de Theroigne de Mericourt en su interesante obra «De las enfermedades mentales, consideradas bajo los puntos de vista médico, higiénico y médico-legal.»

Y se espresa en estos términos:

»Theroigne no puede sufrir ningun vestido.

»Ni aun la camisa.

»Muchas veces al dia «inunda» su lecho, ó mejor dicho, la paja de su lecho, se acuesta encima y se revuelca en la sábana.

»Cuando hiela y no puede tener agua en abundancia, rompe el hielo y toma el agua que se encuentra debajo, para mojarse el cuerpo,

»Y principalmente los piés.

»Se incomoda cuando le quitan el agua.

»Una vez mordió á una compañera suya con tanto furor, que se quedó en los dientes un trozo de carne.

»El carácter de esta mujer ha sobrevivido á su inteligencia.

»Casi nunca sale de su celda.

»Si sale, por acaso, vá desnuda.

»Dá algunos pasos...

»Generalmente camina á cuatro piés.

»Se revuelca por el suelo, y fija sus ojos sobre un tallo de yerba.

»Bebe el agua inmunda del arroyo;

»Y come cuantas porquerías encuentra...»

CAPÍTULO IV.

El Directorio.—Las modas y su influencia en la prostitucion de las costumbres.—Francia bajo el Consulado.—Napoleon I emperador.—Sus amores secretos.—Temperamento inagotable.—Poca conciencia.—Josefina.—Soldados y prostitutas.—El vicio lésbico.—Literatura.—Napoleon en busca de un poeta.—La primera piedra.—Modas del imperio.

Llegó la reaccion política.

Y con ella el Directorio.

Las costumbres sufrieron tambien su reaccion.

El año 1796 apareció una secta nueva.

Secta más bien «moral» que religiosa.

Por eso nos ocupamos de ella.

Mejor que nuestras palabras pintará los deseos que animaban á algunos individuos de aquella «nueva» sociedad.

Deseos que, como siempre desgraciadamente resultaron nulos.

En las reuniones de dicha secta: llamada de los «Theofilántropos,» se predicaban los deberes de los hombres para con sus semejantes.

De los hijos para con sus padres.

De los padres para con sus hijos.

Los deberes recíprocos de los esposos.

Y el reconocimiento al Sér de los Seres.

La sala, consagrada á sus reuniones, presentaba en sus paredes y en cuadros, escritas con grandes carácteres, máximas relativas: